

hemos insertado de las homilias de San Eloy, sin embargo de que este Santo habia empleado los mejores años de su vida en ejercicios muy diferentes. En medio de su sencillez, ¡cuántos pasages ingeniosos hemos encontrado en ellas, y cuántos rasgos de elocuencia, de aquella elocuencia animada, natural y persuasiva que era la mas acomodada al carácter y al gusto de la nacion á quien se dirigian, y cuyas verdaderas disposiciones parecia conocer ya tan bien San Eloy! ¡Cuántos rasgos patéticos, figuras, novedad en el modo de presentar las cosas, imágenes terribles de las grandes verdades de la Religion, especialmente del pecador en el artículo de la muerte y del alma acusada por sus propias obras en el tribunal del Juez Supremo! Pero lo que nos interesa mucho mas, despues de haber oido las insípidas é infundadas chocarrias de los hereges, es la solidez de estas instrucciones, la pureza de su moral, la sublimidad de la perfección que inspiran, y la nobleza de miras que sugieren para servir dignamente al Señor en espíritu y en verdad. Lejos de limitarse, segun las ironias calumniosas de estos insultantes sectarios, á la exaltacion de las indulgencias, al pago de los diezmos, y á las donaciones en favor del clero, no cesa el santo orador de inspirar el verdadero espíritu del cristianismo, el desprecio de las cosas terrenas, el amor de Dios sobre todas las cosas, la concordia y fraternidad entre todos los hombres, el horror del pecado, el temor de los juicios eternos, el ejercicio de todas las virtudes, y la mortificacion de todas las pasiones.

Ni nos hemos propuesto ni nos seria posible ofrecer en este discurso ni siquiera un ligero bosquejo de todos los hombres instruidos que ilustraron la época de que vamos hablando. Reduciéndonos á los que se distinguieron entre sus contemporáneos, y que merecieron por muchos títulos la estimacion de todos los tiempos posteriores ¿qué no podríamos decir en el siglo VIII del venerable Beda, de San Juan Damasceno, azote de los iconoclastas, y de los juiciosos historiadores Fredegario y Pablo, diácono de Aquileya? ¿En el IX, de la erudicion del abad Alcuino, y, á pesar de todos los defectos de su estilo, de su ingenio capaz de di-

rigir el de Carlo-Magno en la restauracion de las letras? ¿de las sanas instrucciones de Teodulfo de Orleans á su clero? ¿de los escritos sólidos y aun limados de Agobardo y de Amolon de Lyon contra los errores y supersticiones de su tiempo? ¿del tratado de Jonás de Orleans contra Claudio de Turin? ¿del discernimiento y critica de Adon de Viena, y de Usuardo en sus martirologios? ¿de las obras de Ratramno de Orbais, de Rabano de Maguncia, y de Pascasio Rathbert: monumentos tanto mas desacreditados por los profanadores heréticos de nuestros santos misterios, cuanto mas victoriosamente confundidos se ven en ellos sus novedades sacrilegas? ¿Hablaré de Hincmaro de Reims, capaz por sí solo de ilustrar los tiempos en que vivió, cualesquiera que fuesen ellos, ó cualquiera que sea el concepto en que algunos criticos pretenden se les tenga? ¿Podrá creerse que nació en los tiempos de ignorancia, ó que los tiempos en que nació y floreció merecen todavía esta calificacion infamante? No solo fué el hombre de su siglo mas versado en el conocimiento de los cánones, y el mas adicto por principios á las reglas sagradas de la disciplina, sino que supo tambien descubrir los artificios de los novadores mas sutiles é ingeniosos, derramó torrentes de luz en los Concilios, disipó en ellos sobre la marcha con la fuerza de sus razonamientos y con la superioridad de su talento las preocupaciones mas inveteradas, y esto á pesar de los continuos obstáculos que se originaban de su genio altivo y carácter chocante; redujo y sujetó á la razon y verdad á los preladós que mas distantes estaban de ellas por sus opiniones erróneas, por su mal entendida compasion, y por sus conexiones é intereses personales.

En el siglo décimo y en los principios del undécimo, esto es, en las mas profundas tinieblas de la edad de ignorancia (porque no tenemos inconveniente en usar de esta expresion tan bien esplicada por los hechos); en esta época, que seguramente es la mas maltratada por los escritores de todo partido, ¿cuánta instruccion y cuántos talentos no hemos hallado recomendables para todos aquellos que han querido juzgar con conocimiento de causa? Entre la multitud de

hombres inaccesibles á la incuria y á los desórdenes de su tiempo, hemos visto que se distinguió Flodoardo en el género histórico por su juicio y por su exactitud, y Luitprando por el interés de las anécdotas, por el desenvolvimiento de los resortes mas imperceptibles de la politica y de la fortuna, y por la sal, quizá prodigada, de la ironia y de la censura. Podríamos añadir Siméon Metafraste, por lo que toca al arte inimitable de los griegos en la narracion, si no hubiese abusado de su talento y de sus conocimientos, sacrificando la verdad de la historia al amor de lo brillante y maravilloso. Pero tenemos en la misma nacion y en el mismo siglo al emperador Leon VI, ó el Filósofo, digno de eterno renombre por sus discursos elocuentes y por su Tratado de táctica. En cuanto á la esplicacion del dogma y de la disciplina, ¿quién habrá dejado de admirar á Alton de Vercelli, á Abbon de Fleury, á Fulberto de Chartres, á Burcardo de Worms, á Udalrico de Ausburgo, en particular sobre el celibato de los clérigos, y á Lanfranco de Cantorbery en la delicadeza de su dialéctica y en la fuerza de sus razonamientos contra Berengario, de quien triunfó del modo mas completo? Y para concluir en dos palabras, ¿no hemos visto reunidos en el incomparable primado de Inglaterra San Dunstano, y en el rey Edgardo que se guió siempre por sus consejos, todos los conocimientos, todos los talentos y todas las cualidades concernientes á la pureza y á la gloria de la Religion?

No hablaremos de la poesía en una edad que en efecto era demasiado tumultuosa para el dulce sosiego que necesitan las musas. Sin embargo, en los himnos, *Salve Regina*, y *Alma Redemptoris*, atribuidos á Herman, ó Hermano de Richenou; en el *Veni Creator*, y en los himnos del piadoso rey Roberto, tenemos unos monumentos, poco elegantes á la verdad, pero preferidos de mas de siete siglos á esta parte, por su uncion y religiosos sentimientos que respiran, á las producciones mas bien trabajadas de la elegancia moderna. ¿Hablaré de aquella profundidad de cálculo y de aquellos prestigios matemáticos, por los que fué acusado de magia Gerberto de Reims, ó Silvestre II Papa? Fué tan grande su habilidad en estas cien-

cias sublimes que se le atribuyó la introduccion de los números arábigos en Francia, y por consiguiente los progresos que hizo por este método el arte de contar y de medir. En el mismo tiempo, esto es, en las mas densas tinieblas del siglo décimo inventó Guido de Arezo aquella maravilla del arte que en el discurso de algunos meses proporciona una instruccion infinitamente mayor en la ciencia de la música que todas las especulaciones y métodos antiguos y modernos acerca de los principios de la armonia. Pero volvamos á nuestro objeto. En vista de tantas pruebas, muchas de las cuales van todavía mas allá de lo que nos habiamos propuesto probar, y que se fundan todas ellas en los hechos que han podido examinarse despacio en el discurso de esta *Historia*, ¿no estamos autorizados para concluir que la ignorancia de la segunda edad de la Iglesia no fué tan grande como han vociferado los hereges de los últimos siglos, y lo han creído ciegamente muchos ortodoxos alucinados, dejándose llevar de una autoridad tan sospechosa? Añadamos ahora que esta supuesta ignorancia tampoco fué tan perniciosa como han querido figurarse algunos.

Lorenzo Valle, que aunque italiano y honrado con la proteccion de algunos Papas, parece que fué el primero que abrió el camino á las temerarias criticas de los escritores protestantes, redujo casi todo el mérito del ingenio al de la elegancia y de la pura latinidad, á cuya renovacion contribuyó en efecto mas que otro alguno, despues del trastorno que habian causado los godos en el gusto de la antigua Roma. Gerardo Vossio hizo mas general esta censura, procediendo con toda la malignidad que el espíritu de secta es capaz de inspirar contra la Iglesia y los escritores eclesiásticos. El arte de la critica que no nació hasta el siglo siguiente, y el buen gusto en las obras de ingenio, que le debió su restauracion, como tambien el estilo, la precision, la claridad, el orden y el método, ignorados por espacio de tanto tiempo, hicieron que se mirase sin escepcion alguna á todos los autores de la edad media como á unos ignorantes, y poco menos que fátuos, y se les proscribiese sin siquiera dignarse de abrir sus volúmenes.

No disputaremos sobre los defectos que



les echaron en cara estos gramáticos y literatos quisquillosos; pero pretendemos que semejante ignorancia no causó ningún perjuicio, ó á lo menos ningún daño esencial á la ciencia de la Religión. En efecto, ¿á qué se extendió esta ignorancia en el cuadro que acabamos de bosquejar con la mas severa imparcialidad? Con corta diferencia la hemos visto reducida á la falta de crítica, de elocuencia y de método. Y por lo que toca á la crítica ¿no podríamos preguntar si este arte, empleado en el sentido de sus panegiristas estremados, ha sido mas perjudicial que ventajoso á la ciencia de la salvación, atendida la especie de pirronismo en que ha venido á degenerar? El poco uso que los Padres y los santos doctores hicieron de estos procedimientos modernos ¿ha hecho por ventura menos eficaces las obras dogmáticas de San Agustín, por ejemplo, ó las patéticas homilias de San Juan Crisóstomo? ¿Eran acaso mas necesarias estas sutiles discusiones á las naciones góticas, tudescas y esclavas que á los griegos y romanos? Tratábase de que aquellos pueblos bárbaros abandonasen las prácticas monstruosas del paganismo mas brutal y estúpido; de acostumbrarlos despues á las obligaciones del cristianismo, de la sociedad y de la humanidad que eran casi totalmente nuevas para ellos; de estar continuamente alerta y de preservarlos á ellos mismos de los impetus y extravagancias de su increíble inestabilidad. Y para esto ¿de qué hubiera servido el prolijo exámen de las señales, no pocas veces equívocas, con que se pretende discernir los escritos auténticos de los monumentos supuestos? ¿Dónde estaba el peligro que podia resultar de esta falta de discernimiento? Se publicaban de buena fé, y se creían con sencillez algunos milagros, algunas acciones virtuosas, no comprobadas suficientemente, y poco dignas, si se quiere, de la magestad del culto cristiano, entendido segun vuestras costumbres. Pero entonces causaban una edificacion general estas maravillas, ya fuesen reales ó imaginarias, y estos modelos, cualesquiera que fuesen, tenían una multitud de sinceros imitadores. La crítica tiene su utilidad en nuestros dias, en estos dias de presuncion y de

refinamiento; pero en la infancia de los pueblos que reemplazaban á los de Roma y Atenas, hubiera sido un arte estéril y casi nulo. Confesamos no obstante que este género de ignorancia produjo ó acreditó algunas supersticiones; pero si la simplicidad tiene sus peligros, ¿son por ventura menos funestos los de ese espíritu de observacion y de discusion que todo lo hace problemático? ¿hay menos peligro en hacer increíbles que en fomentar la credulidad de los hombres sencillos?

Y la elegancia y la delicadeza de la elocucion, ¿hubiera sido mas útil que la crítica en aquella mezcla y confusion de pueblos groseros que ni tenían todavía forma propia ni lenguaje constante? En cuanto al órden del discurso, á la claridad y á la precision, sin duda son estas unas cualidades útiles para tratar con todo ser racional; pero ¿son de una necesidad absoluta y universal? ¿No habrá podido sustituirselas alguna otra cosa, á lo menos con respecto á la clase de oyentes de quienes se trata? La prolijidad, las repeticiones, y hasta el énfasis y la ostentacion y hacinamiento de lugares comunes, si es que para ellos eran nociones comunes y triviales: este método, que en sí mismo es el mas imperfecto, ¿no era quizá el mas acomodado á la torpeza de su comprension? ¿No era mas á propósito que todas las gracias y la precision del aticismo para inspirarles las verdades de la salvacion, y para grabarlas en su alma con los caracteres mas profundos y durables que fuese posible? No se instruye á los niños ó á la gente del campo del mismo modo que á los habitantes instruidos de las ciudades; y la diferencia de los tiempos no influye menos que la de los lugares en la capacidad de los hombres.

Se nos dirá tal vez que la ignorancia de la segunda edad alcanzaba á los maestros igualmente que á los discípulos; que todas las semillas del genio se hallaban sofocadas bajo aquellas densas tinieblas, ó que entonces no habia ingenio ni espíritu de invencion. A estos cargos, enteramente infundados, podríamos responder que los hombres son los mismos con corta diferencia en todos tiempos, y que los talentos dependen sobre todo del cultivo y de las circunstancias mas ó menos felices que sirven para su desen-

volvimiento; pero sin entrar en un género de discusion, en que puede sostenerse la afirmativa y la negativa de un modo casi igualmente plausible, abandonemos lo que tan poco interés tenemos en defender. Suponiendo que ni en el siglo X ni en los inmediatos á él hubo ingenio ni espíritu de invencion, ¿qué podrá inferirse de aqui? Por esto ¿se habrá oscurecido mas la ciencia de la Religión, que es de la que aqui se trata únicamente? ¿Son obra del entendimiento humano el Evangelio enviado del cielo, las reglas de la fé divina, y las máximas celestiales que deben guiarnos por el camino de la salvacion? Pues de estos tesoros de sabiduría estuvieron abundantemente provistos los doctores y pastores de los tiempos mas estériles en los demas géneros de conocimientos; y de esta verdad hemos podido convencernos por la simple noticia que en esta *Historia* habemos dado de sus escritos, y mucho mas todavía por las reglas prácticas que nos han ofrecido ellos mismos en su conducta.

Si tenían poco ingenio ó invencion, en cambio seguian con el mayor esmero la doctrina de los Santos Padres y de los primeros escritores eclesiásticos. No producian, pero compilaban, reunian los fragmentos dispersos de la tradicion, y se limitaban (sea así en buen hora) á extraer y á copiar. ¡Felices disposiciones, visiblemente dadas por el que es único en disponer de lo que él ha puesto en el espíritu del hombre, puesto que á ellas debemos los preciosos monumentos que se han conservado en los monasterios y en las demas escuelas cristianas! Hé aqui otra ventaja que lleva aun mas visiblemente en sí misma el sello de la mano santa y sabia que hasta del mal sabe sacar bien: ese ingenio limitado de la edad media halló en sus mismos limites un preservativo contra la manía de innovar y de dogmatizar. De aqui es que nunca se vió la Iglesia tanto tiempo ni tan perfectamente tranquila por lo que toca á las sectas y á las heregias, como en el período mas tenebroso de la edad que tanto se pretende deprimir. ¡Maravilla sin ejemplo en las demas épocas y aun en los dias mas brillantes de la Esposa de Cristo: en toda la duracion del

siglo décimo no se levantó ningún apóstol de Satanás!

Pero aun hay otra maravilla mas asombrosa: en tiempo de los indignos Pontífices, que fueron el oprobio y la desolacion de la Iglesia romana durante los siglos décimo y undécimo, y que debieron su elevacion á las violencias, á la cábala, á la simonia y á la proteccion de mugeres disolutas, se vió á los pueblos obedecer con el mas profundo respeto á estos indignos sucesores de Pedro. Las formalidades y el aparato que cohonestaban su título les conciliaban completa autoridad, y así se recibian sus decretos con una sumision inalterable. Concluyamos, pues, sin ningún género de duda que la ignorancia de la segunda edad no fué fatal á la Religión, y aun añadiré que era imposible que fuese tan general ó tan profunda como se ha pretendido hacer creer.

¿De cuántos rasgos imaginarios é incoherentes han formado los sectarios de los últimos siglos la estraña pintura con que han fascinado á tanto número de personas? Sin detenernos en la exposicion individual de sus quimeras, bastará traer á la memoria en dos palabras cuál era su objeto y la necesidad de la secta. Con el pretexto de reformar la Iglesia, se proponian, no solo alterar la fé profesada en todos los siglos, sino tambien echar por tierra sus mas memorables monumentos, y romper, por decirlo así, todas las líneas de comunicacion que subsistian entre el cuerpo y los miembros divididos para hacer irremediable la separacion. Antiguamente los discípulos de Arrio, de Nestorio, de Eutiques y todas las sectas mas atrevidas y poderosas, conservaron por lo menos los Sacramentos, el Sacrificio y todo el órden exterior del culto público. Por medio de esta semejanza con los ortodoxos se habian acreado á ellos insensiblemente y se hallaban por fin reunidos. Dirigiendo por esta esperiencia su politica infernal los dos Anticristos del siglo décimo-sesto, con la mira de eternizar su cisma sacrilego y de que los pueblos seducidos no pudiesen volver al centro de la santa unidad, procuraron dejarles cosa alguna comun con el tronco de que se habian separado aquellas ramas marchitas; y á este fin les fabricaron



una religion sin sacrificio, sin sacerdocio, sin dignidad y casi sin culto.

A pesar del entusiasmo y del espíritu de libertinaje, que eran las bases de esta monstruosa reforma, era necesario buscar pretextos bastante especiosos para paliar un atentado tan repugnante y para autorizar el trastorno total de la antigua Religion, ó á lo menos de la Religion que existia entonces; era pues necesario persuadir tambien que el culto recibido era abusivo, y que habia sido añadido á las instituciones de Jesucristo y de los Apóstoles. ¿Pero de qué modo podia hacerse verosímil semejante imputacion, y á qué tiempo habia de referirse esta innovacion imaginaria? Fué, pues, indispensable imaginar tambien una edad de ignorancia, ó por mejor decir, de estravagancia é imbecilidad, en que solo se diferenciaban los hombres de las bestias por la figura y por el habla. Tal es en efecto la pintura que hicieron de ella los discipulos de Lutero y de Calvino, y así debian hacerla necesariamente para acreditar la mas inverosímil de todas las suposiciones.

De otra manera ¿cómo era posible figurarse que en el espacio de algunos años hubiera sido alterado en su esencia el culto cristiano, y depravado en todas partes, y variado totalmente, y absolutamente desnaturalizado? ¿que la idolatria se hubiese introducido generalmente en la Iglesia, que se tuviese en ella la figura del Cuerpo y Sangre de Jesucristo por su sustancia, y que se adorasen unos meros simbolos en lugar de la realidad? Cuando los blasfemos empezaron á publicar estos horribles delirios; cuando pusieron sus manos sacrílegas en nuestros tabernáculos, y se atrevieron á hollar sus misterios mas formidables, ¿qué reclamaciones tan vivas, qué gritos de indignacion y de espanto no resonaron por todas partes, no solo de los doctores y pastores, sino tambien del pueblo sencillo de la clase mas comun de los fieles, de las mugeres y aun de los niños? El horror y la execracion se comunicaron á las sociedades cismáticas de Grecia y de los parajes mas remotos del Oriente.

Por la misma razon, si desde del establecimiento de la Religion de Jesucristo,

pura y perfecta desde su origen, hubiera habido alguna época en que unos hombres profanos hubiesen propuesto á la adoracion pública viles elementos y figuras sin objeto ¿cuántas contradicciones, ó por lo menos cuántas quejas y cuánto asombro no habrian escitado? Sin el auxilio de la erudicion ni de investigaciones científicas, tenia á la vista y á la mano el pueblo fiel los medios mas seguros para hacer manifiesta la innovacion y confundir á los novadores. Se celebraba aunque menos veces que ahora, pero siempre con bastante frecuencia, el santo sacrificio de nuestros altares; se recibia todavía tres veces al año su adorable víctima; no dejaba nadie de fortalecerse con este viático saludable en el último trance; se miraba como la pena mas terrible verse privado de él durante la vida, y en el artículo de la muerte parecia intolerable y desesperadora esta privacion, y se podrá presumir por ventura que no se conociese lo que se deseaba con tanto ardor, lo que se recibia con tanto respeto y consuelo?

Para no dejar ninguna incertidumbre sobre este punto, fijemos la vista en algunos hechos de los que han de servir de materia á la continuacion de esta *Historia*, y veremos que las personas mas virtuosas, y los Santos de todas clases y condiciones, suspiraban en los últimos instantes de su vida por aquel Cordero sacrificado para su salvacion, que muchos de ellos mandaban que los pusiesen en el suelo con ceniza y cilicio, y que todos se anonadaban en su presencia, le rendian los homenajes que la criatura debe únicamente á su Criador, y le llamaban su seguro apoyo, su única esperanza, su Redentor y su Dios. Atendamos á las instrucciones de los doctores y pastores: abramos, recorramos sus numerosos escritos, y los hallaremos siempre de acuerdo con los Padres de la primera edad. Nada añaden á sus espresiones, se esplican como ellos con sencillez y con total seguridad; hablan de un tesoro cuya posesion se vé que no les habia sido todavía disputada, é ignoran las sutilezas de los contradictores impíos, no imaginándose que estos hubieran de existir jamás. Si alguno de ellos se esplica con alguna inexactitud, de la que pretenden

valerse los hereges para interpretar las cosas á su modo, es constante, que dando á sus espresiones el verdadero sentido y justificándolas los defensores mas circunspectos del sagrado depósito, prueban sin ningun género de duda que nunca fué indiferente su creencia en esta materia.

Cuando á fines del siglo décimo empezó Berengario á esparcir sordamente en el polvo de su escuela, en sus cartas y en sus conversaciones familiares los errores de que estaba imbuido contra el sacramento de nuestros altares, ¿con qué horror no levantaron el grito todos los cristianos, tratándole de herege y de impío? Sus propios amigos, varios eclesiásticos á cuyas manos llegaron algunos escritos furtivos del heresiarca, los buenos solitarios de la abadía de Preaux en Normandía, el duque Guillermo, Enrique, rey de Francia, todos los fieles unánimemente, clérigos y legos, sabios é idiotas, mundanos y religiosos, soberanos y particulares, todos miran aquella doctrina como escandalosa y blasfema, se comunican de provincia en provincia sus inquietudes y sobresaltos reciprocos, y resuenan sus voces hasta en los pórticos del Vaticano. Roma reunida en concilio priva inmediatamente de la comunión al novador; en una conferencia pública, celebrada de orden del jóven duque de Normandía, es confundido por los doctores mas célebres de aquella provincia; congrega el monarca francés un concilio numeroso en su capital, y asiste á él con su nobleza; pero los oidos cristianos quedan de tal modo ofendidos de la doctrina inaudita del sacramentario, que apenas pueden sufrir la lectura de una de sus cartas. El Sumo Pontífice convoca con el mismo objeto otro concilio en Vercelli, y luego otros dos en Roma; y el blasfemo que se habia retractado ya en el Concilio de Tours, se vé obligado á ejecutarlo de nuevo en presencia del Gefe de la Iglesia. Despues de su muerte volvió á ser condenada su doctrina impía en el Concilio de Plasencia. Antes y despues de su fallecimiento levantaron la voz por todas partes los predicadores y los doctores para presentar á los fieles un preservativo contra sus blasfemias.

Y en este combate, ¿cuál fué la conducta de los sábios y de los concilios? La

de toda la antigüedad, la de los dias mas luminosos de la Iglesia. Se toma por principio la fé que se profesa en cada iglesia particular: se pregunta acerca de ella á los obispos, testigos necesarios de la tradicion, se consultan y comparan los monumentos sucesivos, se acredita su invariable perpetuidad, y se hace ver la contradiccion que hay entre los novadores y los Padres mas antiguos y respetados, subiendo de siglo en siglo hasta el de los Ambrosios y Agustinos, hasta el foco de aquella luz primitiva y superabundante que debia reflejarse en todas las edades siguientes. Así ha podido verse en los escritos de Lanfranco contra aquel heresiarca. A pesar de las ventajas que llevaba en el arte de la dialéctica al soberbio y envidioso Berengario, no procedió contra él por este medio filosófico y natural. ¿Qué es lo que le hemos oido responder á aquel novador presumido? Que habia sido condenado por los concilios de varias provincias, por el voto unánime de los prelados católicos, por la Iglesia romana y por los Sumos Pontífices: que la fórmula de fé dispuesta contra él en el concilio de Roma por el cardenal Humberto no tanto era la obra y la creencia de este doctor particular, sino la del mismo concilio y de todas las iglesias que la habian recibido con alegría, dando gracias á Dios por la abjuracion del culpable que creian sincera; que tal era la creencia comun á la que él insultaba; pero que era muy propio de los hereges burlarse de la fé de los sencillos, y querer subordinarlo todo á las supuestas decantadas luces de la razon. «Por lo que á mí toca, decia Lanfranco, quiero que sepas tú y el universo, que aun cuando no tuviese erudicion ni razones para probar mi creencia, quisiera mas ser con el vulgo un ortodoxo ignorante y grosero, que ser contigo un herege culto y sabio. Dios me es testigo de que cuando se trata de las sagradas letras no querria yo proponer ni resolver este género de cuestiones por medio de la dialéctica.» Sin embargo de unas protestas tan humildes y religiosas, confundió el doctor católico al heresiarca, no menos con las reglas mas finas de este arte, que con los medios perentorios de la tradicion.